

ROBERTO MOROZZO

MONSEÑOR ROMERO

VIDA, PASIÓN Y MUERTE
EN EL SALVADOR

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2010

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

Tradujo David Salas Mezquita
sobre el original italiano *Primero Dios. Vita di Óscar Romero*

© Mondadori, Milano 2005

© Ediciones Sígueme S.A.U., 2010

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

Tlf.: (34) 923 218 203 - Fax: (34) 923 270 563

ediciones@sigueme.es

www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-1729-1

Depósito legal: S. 285-2010

Impreso en España / Unión Europea

Imprime: Gráficas Varona S.A.

Polígono El Montalvo, Salamanca 2010

CONTENIDO

<i>Abreviaturas y siglas</i>	8
1. UN MISTERIO DENTRO DE UN ENIGMA: ROMERO Y EL SALVADOR	11
En medio de la confusión	13
Las contradicciones de un Estado pretoriano	17
Los cristianos salvadoreños y la crisis del país	28
¿Revelación o revolución?	41
2. DE CIUDAD BARRIOS A SAN MIGUEL (1917-1967)	49
Infancia y adolescencia	51
En Roma	55
Sacerdote en San Miguel	63
Un hombre pugnaz	72
Romero y el Concilio Vaticano II	81
3. EL OBISPO QUE VAN A TENER ES PASTOR	91
En la capital	93
Obispo controvertido	99
Un Auxiliar con ideas propias	110
En Santiago de María	128
4. ARZOBISPO DE SAN SALVADOR	143
Los primeros días y la muerte de Rutilio Grande	145
El choque con el Gobierno	155
La misa única	164
¿«Conversión»?	167
Romero ante la crisis del país	178
La cuestión de la violencia	189
5. «FE Y POLÍTICA: UNIFICACIÓN, PERO NO IDENTIFICACIÓN»	199
El clero de San Salvador	201
Querido monseñor... ..	205

Las comunidades de base	212
El «proyecto de Dios»	218
Fe y política ¿Psicosis u oportunidad?	225
«Infinitamente político». A pesar suyo	232
6. SENTIR CON LA IGLESIA	241
El obispo	243
El predicador	250
Romero privado	259
Con los periodistas	268
Un hombre muy solicitado	276
Romero y la teología de la liberación	286
7. ROMERO Y ROMA	301
Envidias eclesíásticas	303
«¡Ánimo, usted es el que manda!»	316
Puntualizaciones vaticanas	327
La visita apostólica	338
Romero y Juan Pablo II	345
«La gloria más grande de un pastor es vivir en comunión con el Papa»	357
8. EL ÚLTIMO ROMERO	363
La Junta Revolucionaria de Gobierno	365
La posición del arzobispo de San Salvador	370
Hacia la guerra civil	384
La Cuaresma de Romero	397
La muerte	402
Las investigaciones sobre el homicidio	414
Las exequias interrumpidas	425
¿Mártir?	440
<i>Álbum de fotos</i>	451
<i>Índice de nombres</i>	453

1

UN MISTERIO DENTRO DE UN ENIGMA:
ROMERO Y EL SALVADOR



EN MEDIO DE LA CONFUSIÓN

El 22 de febrero de 1977, Óscar Arnulfo Romero fue nombrado arzobispo de San Salvador, la capital de El Salvador. Tres años más tarde, el 24 de marzo de 1980, fue asesinado en el altar, mientras celebraba la eucaristía.

El tiempo transcurrido desde aquella muerte violenta ha magnificado la leyenda de Romero. Aun así, la suya sigue siendo una figura controvertida en la que conviven polos opuestos: profeta y subversivo, mártir y revolucionario, hombre de Iglesia y hombre de política, pastor de almas y agitador callejero. Todavía continúa vigente la observación que de sí mismo hizo el propio Romero al referirse a «las dos figuras que en San Salvador se hacen del arzobispo: para unos, es el causante de todos los males, como un monstruo de maldad; para otros, gracias a Dios para el pueblo sencillo, soy sobre todo el pastor»¹.

La biografía de Romero no puede separarse de la atormentada historia de su país. Por consiguiente, conviene recordar que, durante los años que duró su episcopado, El Salvador se caracterizó por la confusión, el desorden y los enfrentamientos; la conflictividad social alcanzó cotas tan altas que una tormenta ideológica cubrió la nación. La historia de aquella tierra, a pesar de los certeros estudios que se han llevado a cabo en las últimas décadas, sigue estando marcada por interpretaciones contrapuestas y memorias patológicas. Por si fuera poco, la guerra sufrida entre 1980 y 1992, con casi 80.000 víctimas, continúa representando un serio obstáculo para la comprensión del pasado.

1. *Diario*, 11 de abril de 1978, 1.

En las postrimerías de los años setenta, El Salvador, un pequeño país cuya fama no había sobrepasado jamás el contexto regional centroamericano, se convirtió en noticia mundial. El enfrentamiento generado entre una oligarquía insensible a los derechos humanos y las diversas corrientes políticas que pedían con urgencia mayor justicia, polarizó drásticamente la sociedad. En ella, mal que bien, convivían un Gobierno militar, una elite que controlaba la mayor parte de la riqueza, una población empobrecida, una guerrilla emergente y una serie de grupos que soñaban con la revolución según el modelo castrista. Estos elementos, que en apariencia eran comunes a otros países de América Latina, hacían de El Salvador un caso aparte.

En primer lugar, el origen interno de la crisis era singular. No se debía al subdesarrollo o a una recesión, sino al crecimiento económico. Los indicadores macroeconómicos de El Salvador habían sido positivos en los últimos veinte años; y, de hecho, la guerra civil iniciada en 1980 no fue producto del aumento de la miseria. Entre 1960 y 1980, América Central –y El Salvador más si cabe que los países vecinos– vivió dos décadas de prosperidad que provocó la inestabilidad de algunos equilibrios consolidados y puso en cuestión el marco político. De nuevo parecía cumplirse aquella antigua regla no escrita según la cual la mejora de la economía y la disponibilidad de mayores recursos hacen menos tolerables las injusticias y provocan grandes crisis (Tocqueville). Las revoluciones también pueden estallar a causa del aumento de la riqueza y el desarrollo.

Otra peculiaridad de El Salvador tenía que ver con la inspiración religiosa de muchas fuerzas que presionaban para lograr un cambio. Una parte significativa de la Iglesia católica salvadoreña se sentía comprometida en la lucha por una sociedad mejor, inspirada por la estela que habían dejado el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín². Además, un sector del clero y de los fieles esperaba que se produjera una salida política revolucionaria en el país. En mayor o menor grado, este fenómeno se repetía por aquel entonces en todos los países latinoamericanos; sin embargo, en El Salvador era más acentuado:

2. Se refiere, obviamente, a la II Conferencia general del Episcopado Latinoamericano, celebrada en 1986 en Medellín (Colombia).

Las guerrillas surgen en todo el istmo (con la sola excepción de Costa Rica). Para ello fue necesario un catalizador ideológico o, en otros términos, que los actores se dotaran de un instrumento de análisis de la realidad y de una utopía social que los incitase a saltar. Se podría pensar que la evolución de la Iglesia católica les dio los móviles intelectuales y las referencias espirituales. Decir que la revolución en Centroamérica nació del encuentro paradójico entre la prosperidad económica y la teología de la liberación puede parecer un tanto excesivo, pero no es algo totalmente alejado de la realidad³.

En cualquier caso, este minúsculo país estaba a punto de convertirse en un enclave crucial de la guerra fría, reactivada a finales de los años setenta por distintos sucesos⁴. Asimismo, en la década de los ochenta la presidencia de Ronald Reagan situó en El Salvador la línea de resistencia contra el adversario comunista de Latinoamérica, a la vez que intentaba terminar con el poder sandinista de Managua. Se trataba de bloquear el juego de dominó de la expansión enemiga entre los volcanes salvadoreños. En este sentido, resulta significativo que durante algunos años El Salvador tuviera la misma presencia que China en la prensa norteamericana. No conviene olvidar, sin embargo, que la precedente presidencia de Jimmy Carter ya había contemplado El Salvador con preocupación, y ello a pesar de que históricamente Estados Unidos nunca tuvo allí intereses notorios como en otros países vecinos.

La defensa de los derechos humanos que Carter promovió especialmente para Centroamérica y El Salvador contaba con una intrínseca validez democrática. No es, pues, ninguna casualidad que suscitara la ira del Gobierno militar salvadoreño, que llegó a rechazar las ayudas estadounidenses por considerarlas una forma de injerencia humanitaria. Al mismo tiempo, esta política formaba parte de una estrategia que quería evitar el arraigo del pequeño país centroamericano en el área soviético-cubana. Además, la defensa de los derechos humanos propugnada por la administración

3. A. Rouquié, *Guerres et paix en Amérique central*, Paris 1992, 126.

4. Sirva como ejemplo la enumeración de algunos de ellos: los vietnamitas se apoderan de Camboya, estalla la crisis iraní, los castristas invaden Granada, vencen los sandinistas en Nicaragua, los soviéticos invaden Afganistán, se renueva la pugna planetaria entre los EEUU y la URSS, se desencadena la controversia por los misiles de alcance medio SS 20, por una parte, y de crucero y Pershing, por otra.

Carter también intentaba marcar distancias con el bloque soviético, como cuando Zbigniew Brzezinski afirmaba: «No se puede exigir el derecho de constituir sindicatos en Danzic y negar al mismo tiempo el derecho a la tierra del campesino salvadoreño»⁵.

Carter consideraba que El Salvador corría el riesgo de caer en una revolución. Al igual que la crisis iraní en Asia o la crisis polaca en Europa, el tándem Nicaragua-El Salvador constituía a finales de los años setenta la cuestión crucial de la guerra fría en el continente americano. Una diferencia sustancial entre la presidencia de Carter y la de Reagan radicaba en el análisis de la situación en El Salvador. Mientras que Carter consideraba la situación ante todo como una crisis interna entre salvadoreños, en la que convenía ayudar a las fuerzas políticas del reformismo moderado, Reagan la interpretaba como un conflicto directo entre Estados Unidos y la Unión Soviética, por lo que debía facilitar la victoria de los «amigos» de los norteamericanos y aniquilar a los «enemigos». Con todo, tanto Carter como Reagan, por motivos distintos, atribuían a El Salvador una relevancia geopolítica que no se correspondía con la entidad real del pequeño país.

En otro orden de cosas, la personalidad de Óscar Arnulfo Romero también marcaba la diferencia respecto a otros países. Muy a su pesar, Romero, que era de carácter esquivo y tímido, se había convertido en una estrella para los periodistas de todo el mundo por su firme postura frente a un Gobierno que no respetaba los derechos humanos. Mucho más que en la vecina Nicaragua, tierra prometida para revolucionarios y utopistas de cualquier latitud, El Salvador era visto como un lugar donde desaparecía la gente, corría la sangre y se sentaban los cimientos para una cruenta guerra civil, que finalmente estalló⁶. Romero representaba la voz más libre, más autorizada, más universal que podía ofrecer el pequeño país. Decir «El Salvador» significaba tanto como decir «Monseñor Romero». Su catedral terminó por alojar involuntariamente una escuela viva de periodismo. Era la ansiada meta de todos los

5. Le Monde, 14 de enero de 1981.

6. Cf. L. Annunziata, *El Salvador de los periodistas, El Salvador de la guerra fría*, en R. Morozzo (ed.), *Óscar Romero. Un obispo entre guerra fría y revolución*, Madrid 2003, 308s.

jóvenes corresponsales y enviados internacionales que, a través de las palabras de Romero, sentían el pulso del país y conocían las noticias que los periódicos del régimen ignoraban. En 1979 el Parlamento inglés propuso a Romero para el premio Nobel (que finalmente fue concedido a la Madre Teresa de Calcuta). La figura valiente de Romero llegó a ser mundialmente conocida. ¿Cómo explicar tal notoriedad? Romero era un personaje excepcional, realmente insólito. Se decía que era un profeta. En todo caso, él manifestaba su repulsa al protagonismo, pero no a la responsabilidad. Su elocuencia nada tenía que ver con una determinada retórica. Afirmaba una visión de la sociedad inspirada en la legalidad y en la justicia antes que en la revolución.

LAS CONTRADICCIONES DE UN ESTADO PRETORIANO

En 1977 El Salvador tenía cuatro millones de habitantes repartidos en apenas 21.393 kilómetros cuadrados. El país atravesaba un periodo de crecimiento económico sostenido que no hacía presagiar el estallido de la guerra civil⁷.

La oligarquía, que gestionaba desde hacía décadas el poder a través de los militares, impidiendo el desarrollo político y democrático, había puesto al país en la senda de la modernización. El Salvador dejó de ser territorio exclusivo del café, pues la producción de nuevas materias primas, como el algodón y la caña de azúcar, aumentó las exportaciones; incluso se promovieron nuevas actividades industriales y se construyeron infraestructuras dignas. Los grupos que detentaban el poder, integrados principalmente por familias de origen europeo, eran más emprendedores que otros de Latinoamérica y estaban acostumbrados a reinvertir los beneficios en el país sin exportar capitales. Dicha práctica obedeció

7. En los años sesenta, el PIB de El Salvador había crecido a un nivel medio anual del 5,5 por ciento, y en los años setenta al 6,4 por ciento, antes de caer en 1979 (-1,2 por ciento) y en 1980 (-8,1 por ciento), cuando el conflicto interno puso en crisis la economía y no al revés, es decir, que la economía pusiera en crisis la sociedad (cf. C. M. Vilas, *Mercado, Estados y revoluciones. Centroamérica 1950-1990*, México 1994, 77; Comisión Económica para América Latina, *Para entender Centroamérica: Raíces y perspectivas de la crisis económica*, San José de Costa Rica 1986, 181).